



Un poco de historia actual

Decía Spinoza en la proposición 67 de la parte IV de su «Ética» que «el hombre libre en nada piensa menos que en la muerte, y su sabiduría es meditación, no de la muerte, sino de la vida.» Y aunque no nos atrevamos a afirmar que el hombre verdaderamente libre — si es que le puede haber — no piense en la muerte, que es parte, y principalísima, de la vida — si unos no murieran no podrían nacer otros, — lo cierto es que su meditación debe ser la de la vida. Y más para un pueblo. Y la meditación de la vida, el examen de conciencia de la vida civil pública es historia. Y se hace historia historiando. Un historiador llega a ser — digámoslo otra vez más — un profeta en cuanto por su modo de presentar lo que pasó influye en las intenciones y acciones de los que determinan lo que ha de pasar. Hasta una leyenda produce una realidad.

Pasamos ya del 1.º de junio en que hace tres años, en 1917, ocurrió la sublevación de las Juntas de Defensa en Barcelona, Juntas cuya formación y actuación estaban íntimamente ligadas — a sabiendas de los que las constituían o no, queriéndolo o sin quererlo ellos — con la gran guerra que llegaba a su cumbre entonces. Y ¿quién sabe si esas Juntas no se formaron principalmente para impedir que España fuese a la guerra del lado de los aliados occidentales y en todo caso para defender al militarismo, cuya suerte se creía entonces ligada al triunfo de los imperios centrales y orientales? El atudescado de aquellas Juntas era visible, fuera lo que fuese de su doctrina — si es que la tenían política — y de sus propósitos.

Y vino luego la huelga de agosto de aquel mismo año, de cuya trascendencia aun no nos hemos dado, creemos, entera cuenta y que sigue dando frutos. Entonces pudo desde luego cambiar el curso de nuestra historia si los socialistas, que fueron, y con un gran sentido, a una acción política, no se hubieran anticipado por el empeño acaso de aparecer haciendo ellos solos la revolución, por cierto sentimiento de independencia política, pero no de apoliticismo. Quisieron acaso hacer «su» política, la de ellos, y romper así una conjunción. Y hay quien cree que por esto marró aquel intento.

Pero... ¿marró? No, no marró. El gabinete Dato-Sánchez Guerra, que se propuso ahogarlo en su cuna, o mejor hacer abortar, para lo cual provocó su anticipación, le administró un abortivo, se valió para ello, entre otras mañas, de la de esparcir a los cuatro vientos de España que era aquel un movimiento en favor de la «Entente» y acaso provocado por agentes de Francia e Inglaterra. Esto se dijo en el ministerio de la Gobernación, y esa fué la consigna que corrió por los cuarteles. Porque con esto no se

buscaba acaso tanto el influir en los soldados para que, ante el temor de que les llevaran a la guerra, reprimieran con mano dura los desórdenes que ocurriesen, cuanto se buscaba el influir en sus jefes para que dirigieran una implacable represión y hasta provocaran las explosiones de violencia. Se le hizo creer a lo que se llama Ejército — como se le llama Iglesia sólo a la derecha, aunque mal llamada así — que la huelga no era económica, sino de política internacional. Que tal vez contra la intención y el pensamiento de los que la prepararon habría llegado a serlo. Como lo llegó a ser su represión.

La represión en efecto, de la huelga de agosto de 1917 se ligó íntimamente a la falsa neutralidad de España, a aquella neutralidad a todo trance y costa, que no fué tal ni de neutralidad tuvo nada, a aquella gran mentira cuyas consecuencias seguimos tocando.

La guerra, la gran guerra, no cabe decir que se haya acabado del todo; la actual paz armada, con ejércitos de ocupación, es continuación de la guerra que empezó en 1914. Y lo es lo de Rusia y lo de Turquía y tantas brégas más. Y a la guerra que prosigue va unida la revolución europea, que prosigue también.

¿Y aquí en España? Aquí lo de agosto de 1917 ha dividido los campos, y aunque ahora, por virtud de lo que nubla la vista, la excesiva cercanía de ciertos campos en

vuelos en polvareda de lucha pueda parecer que se han alterado las posiciones en que la guerra nos colocó, y se oiga declamar contra los vencedores en ella a muchos antigermanófilos y aun germanófilos de hace tres años, el conflicto de sentimientos e ideales está en el mismo punto. Cierto es que el falso apoliticismo sindicalista, germanófilo en el fondo y antiliberal, a la vez que antidemocrático, pues no es «demo», esto es, pueblo, el que aspira a la dictadura del proletariado doctrinal — no del económico, — parece haber cobrado fuerza; pero creemos que la corriente histórica por excelencia, la política, sigue su cauce de entonces. Y acaso veamos que España tiene que ser, políticamente, de aquella vergonzosa neutralidad que era una alianza tácita y clandestina con el imperialismo.

Miguel de UNAMUNO.

